



CAPITULO VI

PARA volver á encontrar al protagonista de esta verídica historia, no nos bastaría ya la luz del candil de su taberna. Tal se ha borrado la huella de sus pasos en los quince años que van corridos (y perdonen ustedes el modo de señalar) desde que le oímos hablar lo que fielmente consta al final del capítulo anterior.

Pero es el caso que tenemos que hallarle; y como podría llevar muy á mal que lo intentáramos indagando aquí y allá por los pelos y señales de su vida pasada, lo cual, por otra parte, no nos conduciría al fin que nos proponemos, ya que, por especial privilegio que gozo, me es posible dar con él á la primera tentativa, véngase el lector conmigo para acabar más pronto y evitar un mal rato á nuestro personaje.

Estamos en la ciudad, en una de sus calles principales y frente á un portal no muy limpio, pero sí muy espacioso; subimos el primer tramo de la ancha escalera que de él arranca; atravesamos, sin detenernos, la puerta del entresuelo, en la cual se lee, sobre bruñida chapa metálica, el siguiente letrero: SIMÓN C. DE LOS PEÑASCALES; prescindimos de cuanto se halla á nuestro paso al entrar en un salón largo y estrecho; cruzámosle en toda su extensión, y nos detenemos á la puerta de un gabinete. Allí hay un alto escritorio de caoba, sobrecargado de libros y papeles; algunas banquetas de gutapercha, dos mapas, un barómetro, un aguamanil y pocas cosas más por el estilo. Adjunta al escritorio hay una butaca; y embutido en ella, un hombre como de cincuenta años de edad, frescote, de cara ancha y risueña, con recortadas patillas grises; gorro de terciopelo azul, lujosa bata, blanca pechera y leve corbata de raso negro sobre holgadas y relucientes tirillas. Ese hombre, lector amigo, absorto á la sazón en el examen de algunos papeles llenos de números de varios colores, es, para tí y para mí... (pero ¡cuidado con que se lo cuentes á nadie!) Simón Cerojo; para la sociedad en que vive, *el señor don Simón de los Peñascales*, y para la plaza mercantil en que figura en primera línea, SIMÓN C. DE LOS PE-

ÑASCALES. Aquella carpeta y aquel gabinete, son *su despacho*; y esas personas que trabajan silenciosas en modestos atriles en el salón en que estamos, los dependientes de su casa.

Pero aún hay más. Cuando don Simón suspende, dos veces al día, sus tareas, sube al primer piso; y atravesando alfombradas estancias, alfombradas, así como suena, entra en un gabinete lujosamente amueblado también, y allí se cambia la bata por un elegante traje de calle; se quita el gorro de la cabeza, en la cual ocasión puede vérsela coronada por una calva nada aristocrática por cierto, y se pone el grave, reluciente sombrero de copa. Antes de salir á la calle pasa á otro gabinete frontero al suyo, con la aparatosa sala por medio; y allí encuentra, ordinariamente solas, y rara vez con *visitas*, á una señora tan gruesa como él, dura de semblante, y rica aunque charramente vestida, y á una joven como de veintidós años, ancha de hombros y caderas; bien destacada de pecho; de ojos y cabellos negros como el azabache; de blancos dientes y moreno cutis; bien proporcionada y airosa de talle, y vestida con todo el rigor de la moda... una buena moza en toda la extensión de la palabra. Estas dos señoras son la esposa y la hija, respectivamente, de don Simón; dícele las éste «adiós» desde la puerta, si están solas,

ó saluda cumplidamente á las personas que las acompañan, y sale en busca de sus amigos para dar el acostumbrado paseo.—Si no se trata de salir á la calle, sino simplemente de almorzar ó de comer, usa el mismo ceremonial; pero sin quitarse la bata ni el gorro; y cuando una doncella avisa que está la sopa sobre la mesa, pasa la familia al elegante comedor, y allí se hace servir una bien sazónada comida; después de la cual, *echa* don Simón una hora de siesta sobre la cama; *descabeza* el sueño su señora en una butaca, y medita, ó lee, ó mira por los cristales á la calle la repolluda muchacha.

Y en este *tono* todo lo demás inherente á la vida doméstica y social de esta *respetabilísima* familia.

.....

Amigo lector, me cargan las digresiones; pero hay casos en que no puede prescindirse de ellas, y éste es uno de esos casos. Tú serías el primero en negar la verosimilitud de esta última transformación del *abacero* de marras; y yo quiero que no se dude de la realidad de mis personajes, sobre todo, cuando escribo historia pura. Conque ármate de paciencia, y escucha, que yo procuraré ser breve y hasta entretenido.



CAPITULO VII

EIRME en sus manifestados propósitos de abandonar la villa tan pronto como le fuera posible, Simón Cerojo, desde el día en que le oímos hablar de ello con su mujer, se consagró exclusivamente á realizar, pero con mucho pulso, sus existencias y créditos; indispensable tarea que le ocupó algunos meses.

Cuando tuvo su caudal entero en el bolsillo, como quien dice, y después de haber sacado á la vergüenza pública á algunos de sus deudores que más le habían atormentado el amor propio; después, repito, de haber puesto en evidencia ante la villa entera los apuros de unos y las perpetuas trampas de otros, dejando, de este modo, encendida una guerra civil entre muchas de aquellas encopetadas familias, tomó de su caudal una pequeña parte, y se dijo:—Esto (el caudal) *para las alas*, y esto

(el pico) *para pintarlas*. En seguida se metió con su familia y con su tesoro en la diligencia, y se largó á Madrid; buena escuela, como él decía, para tomar aire y tono que lucir después en la ciudad.

Ya en la corte, puso á su hija en un buen colegio, con promesa de no sacarla de él mientras no estuviera completamente instruída en cuanto podía saber la señorita más encopetada; y con este fin, pagó rumbosamente, por adelantado, las estancias de un año, y prometió hacer lo mismo en los sucesivos.

Libre de este cuidado, consagróse á recorrer con Juana paseos, teatros y toda clase de espectáculos, estudiando aquí las exigencias de la moda, y allá la manera de lucirlas. Pero su entretenimiento favorito era el Congreso; y ya con su mujer, ya solo, rara era la sesión que él no presenciara desde la tribuna pública.—No se habrá olvidado que Simón era muy dado á la política y á la elocuencia.—Por eso buscaba allí una buena escuela en que nutrir sus inclinaciones; no precisamente porque esperase utilizarla algún día desde aquellos lujosos escaños, como padre de la patria, sino porque *un buen decir* le juzgaba él indispensable para entrar con desembarazo en el terreno al cual pensaba trasplantarse en breve.

Y como si la suerte se complaciera en alla-

narle todos los caminos que emprendía, dale la corazonada de jugar un billete á la lotería, y le *cae*, como quien nada dice, más de medio millón.

Este golpe inesperado le puso á pique de desbaratar sus maduros proyectos, excitándole á darse por satisfecho de los mimos de la suerte, y á quedarse á vivir de sus rentas en Madrid. Pero como en Simón había algo ingénito que le obligaba á caminar siempre, aunque sin fijarse en el punto de parada, desechó la tentación fundándose en que Madrid era demasiado grande para que nadie reparara en un hombre como él; y él quería, por más que no lo intentara en una forma concreta, descollar, un poquito siquiera, sobre el común de las gentes que le rodearan.

Lo único que hizo, que no había pensado hacer al salir de la villa, fué permanecer en Madrid cuatro meses en lugar de uno, y adquirir esos tres grados más de civilización que lucir en la ciudad.

Cuando tanto él como su mujer creyeron bastante borrados en sus personas los rastros de la taberna, tomó Simón letras sobre la capital de su provincia; y, bien provistos de ropa los baúles, salió con Juana de Madrid dejando muy recomendada á la niña en el colegio.

Su única pena al abandonar la corte fué el no haber podido encontrar en ella á *su general* que, sin duda, se hubiera alegrado al conocer la rápida transformación ocurrida últimamente en la fortuna del humilde asistente; pero *Su Excelencia* había andado aquella vez más torpe que de costumbre en el pronunciamiento que fraguaba para adquirir honradamente el segundo entorchado; sorprendióle el Gobierno, y le desterró á Filipinas, pocos días antes de llegar Simón á Madrid.

Calculen ustedes el efecto que causaría en una plaza mercantil de segundo orden la aparición de un hombre que se anuncia con letras de cambio, á cargo de las principales casas de comercio, por valor de ochenta mil duros, pagaderos á toca-teja. Excitada vivamente la pública curiosidad, hablóse largamente del suceso, suponiéndose, no sin fundamento racional, que persona que tales recursos traía *á la mano*, mucho más debía de tener en reserva. Hubo quien, puesto ya el caso en el terreno de las indagaciones, aseguró haber *oído algo* muy parecido á lo que el lector y yo sabemos de la historia de nuestro personaje; pero como los nombres de uno y de otro no coincidían exactamente, y había quien aseguraba muy formal que el recién llegado era un rico negociante de Madrid que había trasladado su residencia, ca-

lló la murmuración y tomósele de buena gana, á pesar de ciertos resabios de mal género que de vez en cuando le asomaban, y sobre todo á su mujer, por un señor de importancia, muy rumboso además y muy atento... Y esto sí que era la verdad pura.

Veamos ahora por qué no coincidían los nombres del Simón de la ciudad y los del Simón de la aldea.

Observó éste, viviendo en la villa, que cuando su apellido Cerojo (sinónimo de *ciruelo* en el país) se pronunciaba recio en ciertas solemnidades, causaba en el público un efecto desagraciadísimo; y queriendo evitar en lo sucesivo los inconvenientes á que esta circunstancia pudiera dar lugar, resolvióse, al salir de la villa, á firmar en adelante con otro apellido que, sin dejar de ser de su familia, fuera menos vulgar que el primero de los de su padre. Tarea harto difícil, en verdad; pues al pasar revista, de memoria, á toda su ascendencia por ambas líneas, se encontró con que ésta parecía formada en un bosque virgen, según eran sus antepasados *Carrascas*, *Bardales*, *Cajigos* y *Abedules*. Al cabo, entre lo más remoto de su progenie, halló ciertos *Peñascales* que le convinieron, pues sobre salirse este apellido de la rutina forestal de los demás, amén de ser muy sonoro, tenía sus ribetes de empingorotado. Pe-

ro no era cosa de prescindir totalmente del que había usado hasta entonces, por más de una razón que tuvo presente. Así es que, en sus propósitos de conciliarlo todo, resolvióse á adoptar en adelante, para todo documento de carácter particular y privado, la firma á secas de *Simón de los Peñascales*; y para los que tuvieran relación con su vida pública, es decir, para *nombre de guerra*, el más aparatoso de *Simón C. de los Peñascales*.

Como el ya *Don Simón* no conocía bien al pormenor el carácter de la plaza mercantil en que se había establecido, dedicóse el primer año, y mientras la estudiaba á fondo, á descuentos ventajosos y préstamos sobre fincas; negocios que le proporcionaron cómodas y pingües utilidades. Al siguiente, ya se matriculó como comerciante capitalista. Al tercero, *botó* dos barcos á la mar. Al cuarto, todo lo anterior, más dos magníficas casas en construcción en lo mejorcito de la ciudad. Al quinto, era su firma una de las más respetables de la plaza, y de las más respetadas fuera de ella.

Entonces le avisaron de Madrid que su hija estaba al corriente de cuantas materias de utilidad y adorno podían enseñarse á una joven de la *buena sociedad*; y fué con su señora á recogerla. Mas en lugar de volver directamente á casa, hicieron los tres un rodeo por París; y

con la disculpa de que el padre deseaba resarcir á su hija de la larga reclusión en que la había tenido, estuvo la madre un invierno entero *perfeccionando* su civilización en la capital de Francia, escuela que no desaprovechó el marido para tomar nuevas tinturas de *hombre del día*.

De retorno de este viaje es cuando, verdaderamente, se ve darse á luz á la familia de don Simón.

Éste, muy afecto siempre á estudiar en el libro de su experiencia, recordando lo ocurrido en la villa con las intemperancias de su mujer, trató de que, en lo posible, no se reprodujera en la ciudad. Y digo en lo posible, porque demasiado conocía el ex-tabernero que, á pesar de todas las podaderas de la civilización, *Doña Juana* había de soltar las bellotas en cuanto se la sacudiera un poco. Proponíase don Simón sacar partido del caudal de nociones de cultura que indudablemente traería su hija del colegio, para dar á sus salones y á su señora cierta entonación que *doña Juana* no podía prestarles, y tener siempre en la joven una especie de tribunal de consulta para los casos de apuro.

Quiero decir que hasta la vuelta de París de toda la familia, no se estableció ésta á la altura de sus recursos, ni don Simón consintió á

su mujer que abriese sus salones, ni adquiriese otras visitas que las más indispensables. Por supuesto que, así y todo, por debajo de los damascos de la *gran dama* asomó más de una vez el mandil de la tabernera. Pero ¿qué se le había de hacer? En cambio, se declaró aquella casa, desde entonces, el centro de la buena sociedad del pueblo; y á doña Juana se le caía la baba de placer con las atenciones de que era objeto: sinceras unas, es verdad, por tratarse de gentes no mucho más avisadas que ella, é hijas otras de la diabólica intención de dar pábulo á las majaderías de la encumbrada lugareña; pero interesadas todas, porque, al cabo, en aquella casa se bailaba mucho y se cenaba bien, lo cual en ninguna parte se desdenea en estos tiempos.

Felizmente, Julieta (no sé si he dicho antes de ahora que así se llamaba la niña) era sumamente precoz en su desarrollo físico, y no atrasada en el intelectual; de modo que su madre tuvo en ella, no sólo un auxiliar activo, sino un prudente consejero para *hacer los honores* de su casa desde el momento en que ésta se declaró, como se ha indicado, centro del *buen tono* de la ciudad.

Y así fueron corriendo los años. Don Simón, acrecentando en cada uno prodigiosamente su caudal, sin duda por aquello de que «dinero

llama dinero;» doña Juana, sudando placer y vanidades por todos los poros de su cuerpo, y Julieta transformándose en una arrogante moza, desesperación de imberbes, codiciada de talludos y obsequiada de todos.

En esta época floreciente es cuando el carácter de don Simón *hace crisis*; ó mejor, cuando don Simón *entra en carácter*.

Ya no es el hombre que ama las situaciones *eminente* liberales, «porque en ellas cada uno puede hablar de cuanto le acomode, aunque no lo entienda;» al contrario, es apasionado defensor de los gobiernos *de orden*, que sin negar al tiempo las libertades que le corresponden, sostengan á cada uno en su esfera, y no alimenten, en *ciertas clases*, *insensatas ambiciones*. Odia toda suerte de tiranías; y por lo mismo, no dejándose imponer de sus braceros y empleados, después de regatearles cuarto á cuarto sus jornales, les paga *religiosamente* lo convenido. También es filántropo; y si no se le ve pródigo con los pobres que llegan á su puerta, no es por falta de buen deseo, ni por sobra de economía, sino porque no quiere alimentar vicios ni fomentar la vagancia. Cree en el progreso moral de los pueblos; pero bajo la dirección *paternal* de los gobiernos, y con el esfuerzo... de los años. En cuanto al progreso material, le protege rumbosamente, pero alrededor

de su casa, como, en su concepto, debe hacer todo ciudadano, á fin de que el progreso llegue á sentirse y á palpase en todas partes.—Ha comprado muchas tierras en su aldea, y las ha distribuído entre sus antiguos convecinos... á renta; pero dispensando á éstos el favor de no embargarles la manta de la cama, cuando, por bien probada necesidad, dejan de pagarle... un año: al segundo ya varía de conducta, si el *abuso* se repite; y esto, únicamente por respeto á su derecho, no porque necesite para nada las míseras economías de aquellos pobres campesinos. No ha reformado con una mala teja su antigua casita de la plaza, ni ha vuelto á poner en ésta los pies; y se comprende en un hombre de sus circunstancias: muerto el señor cura, don Justo, ¿qué otra persona quedaba allí con quien «pudiera entenderse» él?

Por lo demás, continúa siendo el hombre dado á las grandes frases y al aplomo en el decir; y no ha enriquecido su erudición ni reformado su ortografía; pero aquélla no la necesita en la vida que trae, ni ésta le es indispensable, dictando, como dicta, hasta su correspondencia particular. Y en cuanto á sus peroraciones frecuentes, ¡vayan ustedes á conocer que aquellas palabras *culminantes* de su oratoria, que son su delicia, las escribe con *q!*

Lejos de perjudicarle esto en su importancia,

todo el mundo se la concede para todo; así es que, al creer lo que afirma la opinión pública, don Simón es *una gran persona*, es decir, prudente en el consejo, elocuente en emitirle, rico de hacienda, honra del comercio, provecho de la ciudad, benemérito patricio, y cuanto ustedes quieran. Añádase á esto que sonríe muy poco, y que jamás se ríe; que se afeita todos los días, y gasta una ropa muy fina y muy holgada; muy destacados el pecho, los cuellos y los puños de su camisa, y muy abarquilladas las alas del sombrero; añádanse, digo, estas gravísimas circunstancias, y se comprenderá mejor por qué don Simón ha llegado á ser, en la región que habita, el hombre indispensable; indispensable en las juntas, indispensable en las comisiones de dentro y fuera, é indispensable en el Municipio, que ya no sabe qué hacerse si él no le preside.

Don Simón, pues, es ya todo UN HOMBRE DE PRÓ; y para que nada le falte, hasta tiene la conciencia de su importancia.

Y la tiene, no porque se lo dicen los que le inciensan, sino porque una vez, viéndose tan alto, dió en mirar á su alrededor; y observó que así en la plaza como fuera de la plaza, los hombres que daban vida á los pueblos modernos é imprimían carácter á la época, ni eran de más noble estirpe, ni más sabios ni más ri-

cos, ni tenían mejor ortografía que él. Entonces, penetrando de la grandeza de su alta jerarquía, perdió hasta aquellos pocos arranques que le quedaban de expansiva franqueza, y se hizo solemne y ceremonioso aun en los actos más triviales de su vida.

Y aquí enlaza lector amigo, el asunto de que tratábamos en el capítulo anterior, es decir, concluye la digresión y continúa la historia.



CAPITULO VIII

HABÍA en aquella ciudad, como hay en casi todas, un centro ó círculo ó *casino* para esparcimiento del espíritu de ciertas personas que pasaban la vida bregando por enderezar la varia suerte de los negocios de lucro; y había entre los socios muchos que, no gustando del juego, aunque lícito, ni de otras recreaciones toleradas en el establecimiento, formaban una camarilla *sui géneris*, especie de senado moderador de la ebullición que reinaba constantemente en gabinetes y pasillos; el cual senado, *auctoritate propria*, se instalaba siempre en el salón principal. Componíanle los hombres más *serios* de la banca, del foro y de la propiedad urbana; y con decir que eran *muy serios*, dicho queda, conforme al rigorismo de la moderna *bourgeoisie*, hasta qué punto era entre ellos poco menos que un pecado mortal la risa franca y desen-

vuelta. Pero no así la sonrisa, que la conocían y la usaban, aunque sobriamente, en todos sus caracteres y expresiones. Porque es de advertir también que aquellos señores no aceptaban más que el *justo medio* de todas las cosas.

Con esto creo excusado decir que en política eran todos «hombres *desapasionados, de orden y de progreso racional,*» implacables enemigos de toda afirmación absoluta, ó, según su lenguaje, «*de toda exageración.*» De esto se desprende, á su vez, que esa misma política sólo la aceptaban como un motivo más de conversación en sus expansiones amistosas. Y para que la tarea les fuera aún más fácil, tomaban por base de sus disertaciones los ingeniosos conceptos de cierto periódico, al cual habían subordinado ciegamente su criterio. El tal periódico no asentaba jamás un principio sin un *pero*; no mostraba un color que no pudiera confundirse con otro á la más leve interposición de una frase artificiosa, que nunca faltaba á la mano. Pasaba por reaccionario entre los liberales, y entre los reaccionarios por liberal; no había situación política *bastante* buena para él mientras imperasen sus ideas, ni *bastante* mala cuando no imperaban. Era su estilo ampuloso, sonoro, claro en la apariencia, turbio en el fondo, meloso siempre y seductor por estudio; y saltaban á la vista, en el momento de fijarla en

sus columnas, las palabras *orden, progreso, paz, religión y patria...* era, en substancia, la representación escrita del espíritu yerto de la época en que se daba á luz; pero hasta el punto de dudarse si procedía de tal padre, ó, al contrario, si era él quien había formado ese espíritu; quien alimentaba y nutría el alma de esa nueva raza, verdadera plaga del siglo que corre; raza sin convicciones, sin fe, sin entusiasmo; que llama *orden* á todo cuanto le garantiza una tranquila digestión, y *progreso* á cuanto redunde en aumento de su caudal; que entiende por *patria* su hogar doméstico, y por *sociedad*, un conjunto de ciudadanos *matriculados* para vender y comprar, tranquilamente, fardos de algodón, harinas de Castilla ó papel del Estado; raza que transige con todo, menos con que se suba un cuarto la libra de pan.

Á esta raza pertenecían los hombres de la citada camarilla, en la cual se daba siempre á don Simón la butaca de preferencia, no tanto por la importancia mercantil de éste, cuanto porque nadie leía mejor que él, con voz más recia y sonora, ni con mejor *sentido*, los artículos de fondo del periódico, todas las noches, á los congregados.

Pero vamos al caso.—Aquellos hombres que habían visto sin alarmarse, durante muchos años, cómo cundían y se propagaban ciertas

tendencias *niveladoras*, y cómo se iba rebajando poco á poco el carácter nacional, y corrompiendo aquel conjunto de cualidades que un día hicieron del tipo español «el modelo proverbial de los caballeros;» aquellos hombres, digo, que habían visto todo esto y mucho más, sin temblar por el día siguiente, observaron una vez que las predicaciones, que las tolerancias, que las concesiones, que toda aquella política de *ancha base* que encomiaban á destajo y en la cual creían sin conocerla, estaba dando ya sus frutos naturales y lógicos; que aquellas *muchedumbres* por las que nada habían hecho ellos nunca, y de las que jamás se habían acordado sino para explotar su trabajo á cambio de un mezquino pedazo de pan, se alzaban imponentes, en virtud de las alas que les prestara una libertad mal entendida; que aquella *canalla*, como ellos llamaban á la multitud desheredada cuando ésta era dócil, se aprestaba, con la tea en la mano, á imponerse al mundo entero y á transformar, en un instante dado, el modo de ser de la familia y de la sociedad.

¡Y allí fué el temblar de la voz y el crujir de los dientes!... Porque temieron por sus casas, por sus campos, por sus fábricas, por sus tesoros; es decir, su Dios, su patria, su alma.

—¡Pero es preciso defenderse!—exclamaron, resueltos á hacer una hombrada.

Y ¡poder del egoísmo! Aun en aquella triste situación, pensaron, ante todo, en sacar la sardina con la mano del gato.

Nada diré del temple del arma que eligieron para tan ruda batalla. El lector va á conocerle, y dirá de él lo que mejor le parezca. Yo, mero historiador, á los hechos me atengo, y esos voy á referirle.

Abriase, á la sazón, una campaña electoral para padres de la patria; y, según los sujetos de quienes vamos tratando, nada más eficaz contra la tormenta que les amenazaba, que enviar al Parlamento «*hombres de orden, de progreso racional, enemigos implacables de toda exageración,*» y ricos é independientes, por contera.

Pero, concretándose á aquella localidad, ¿quién, entre todos ellos, era bastante rico, bastante abnegado, bastante generoso, y aun bastante elocuente, para aceptar tamaño compromiso con buen éxito, y capaz de abandonar, sin partírsele el alma, la dirección de los propios negocios y las comodidades de su casa?

Ni siquiera se puso en tela de juicio: don Simón, y nadie más que él.

Una noche se le hizo la proposición en plena tertulia; y, francamente, no podía habersele hecho otra que más le halagara. Quizá se anticipaban sus amigos á un deseo que le embriagaba el alma mucho tiempo hacía. No se olvi-

de que don Simón se creyó siempre capaz de todo; y téngase presente que cuando llegó á la posición social en que ahora le hallamos, los límites de sus aspiraciones se perdieron de vista. Por lo demás, que en el fondo de su conciencia se creía agudo, elocuente, sutil y travieso, ya lo sabemos. ¿Cómo dudar que fué el primero en comprender que nadie era más digno de ejercer el cargo que quería confiársele? Pero se guardó muy bien de darlo á conocer.

Al contrario, hízose el pequeño y el indigno, y hasta pidió toda aquella noche para reflexionar.

Cuando volvió á su casa, llamó á su mujer y le dijo solemnemente:

—Juana: la patria reclama mi cooperación, y necesito hacer por ella el sacrificio de prestársela.

—¿Que la patria te reclama... qué?...—preguntó la oronda señora, dudando si la palabrilla se comía ó se sembraba.

—Que *el país* desea que yo le represente en las Cortes,—añadió don Simón con parsimonia.

—¿Y qué es eso?

—Pues bien claro está, mujer. Se trata de que yo sea diputado por esta provincia.

—¡*Carácholes!*—exclamó, fuera de sí, la *gran dama*, olvidándose en aquel instante de todos

los miramientos que la esclavizaban desde que era rica.

Frunció el entrecejo el marido al oír aquella interjección espontánea en boca de su mujer, y dijo á ésta severamente:

—*Te alvierto* que esa palabra no es del mejor gusto para dicha por una señora de tus... contingencias.

—Déjate ahora de eso, que ya se arreglará—repuso doña Juana con un desdén admirable.—Y dime: si llegas á ser diputado, ¿te sentarás en aquellos bancos de terciopelo que veíamos desde la tribuna?

—Es claro.

—¿Y te llamarán *de* Usía?

—Naturalmente.

—¿Y te codearás con los ministros?

—Es de razón.

—¿Y viviremos en Madrid?

—Regularmente.

—¿Y nos publicarán en los papeles?

—Puede que sí.

—¿Y casaremos á Julieta con un embajador?

—No te diré que no, si á mano viene.

—¡Ajaá! Y con eso espantaremos de una vez tanto moscón como nos zumba aquí alrededor de las talegas de tu hija.

—Ese será uno de los motivos que más me animen á llevaros conmigo.

—Pues mira, Simón: por si se vuelve atrás y no te ves en otra, coge á ese país por la palabra.

Y como don Simón opinaba lo mismo que su mujer, no durmió aquella noche, contando las horas que faltaban hasta la en que pudiera presentarse *al país* para decirle que aceptaba su proposición... «por no desairarle.»

Amaneció al cabo; y como los instantes son preciosos en tales ocasiones, nuestro personaje no esperó á la noche para ver á sus amigos. Buscólos en sus casas acto continuo; citáronse para el mediodía en la del candidato, y en ella se discutieron ampliamente los preliminares de la batalla.

Para darla con mejor éxito, se eligió un distrito rural; designóse á cada uno el puesto que le correspondía, conforme á sus relaciones en aquellos pueblos, ó á sus influencias, y se disolvió el cónclave, á fin de poner en práctica, sin pérdida de un solo momento, el discutido plan.



CAPITULO IX

Los trabajos preliminares fueron un aluvión de cartas que inundó el distrito. Para todos hubo: para el que debía, para el que deseaba y para el que valía, y á cada cual se le hablaba en el tono conveniente.

Las que escribió don Simón, menos relacionado que sus auxiliares con la gente del distrito, venían á decir, salvas ciertas *contingencias* y otras pequeñeces de estilo, lo siguiente:

«Muy estimado amigo y señor mío: Las aflictivas circunstancias por que atraviesa la nación, obligan á los hombres independientes y de recta voluntad á hacer grandes sacrificios. En tal concepto, y cediendo además á las exigencias de mis amigos y de otras muchas personas de saber y de arraigo, me he decidido á presentarme candidato *independiente* para diputado á Cortes por ese distrito, en las próxi-